

JOHN MAYNARD KEYNES Y JOAQUÍN ESTEFANÍA

LAS POSIBILIDADES
ECONÓMICAS
DE NUESTROS NIETOS

*Introducción y selección de los ensayos
a cargo de Joaquín Estefanía*

Traducción de Jordi Pascual

TAURUS

PENSAMIENTO

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Extracto de los *Ensayos de persuasión* de John Maynard Keynes

Título original: *Essays in Persuasion*

Primera edición: noviembre de 2015

© De la introducción y la selección de textos: 2015, Joaquín Estefanía

© De los ensayos de John Maynard Keynes:

The Royal Economic Society, 1931, 1972, 2010, 2013, publicado mediante acuerdo con Cambridge University Press

© De esta edición:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. L. U., 2015

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Jordi Pascual, cedida por Editorial Planeta, S. A., por la traducción

© De la cubierta: Estudio Vaca

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de la *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-306-1744-9

Depósito legal: B-21548-2015

Compuesto en Arca Edinet, S. L.
Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

TA 1 7 4 4 9

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN. KEYNES LIVES! POR JOAQUÍN ESTEFANÍA	9
SIETE <i>ENSAYOS DE PERSUASIÓN</i> POR JOHN MAYNARD KEYNES	111
LAS POSIBILIDADES ECONÓMICAS DE NUESTROS	
NIETOS	113
LA GRAN DEPRESIÓN DE 1930	129
EL FIN DEL <i>LAISSÉZ-FAIRE</i>	141
¿SOY UN LIBERAL?	173
LIBERALISMO Y LABORISMO	189
BREVE PANORAMA DE RUSIA	197
LA CAPACIDAD DE ALEMANIA PARA PAGAR REPARACIONES	223

INTRODUCCIÓN. KEYNES LIVES!

JOAQUÍN ESTEFANÍA

PARTE I. SMITH, MARX, KEYNES

Los dos errores opuestos del pesimismo se demostrarán equivocados en nuestro propio tiempo: el pesimismo de los revolucionarios, que creen que las cosas están tan mal que no nos puede salvar más que un cambio violento, y el pesimismo de los reaccionarios, que consideran tan precario el equilibrio de nuestra vida económica y social que piensan que no debemos correr el riesgo de experimentar.

(«Las posibilidades económicas de nuestros nietos»,
JOHN MAYNARD KEYNES)

ALGO MÁS QUE UN ECONOMISTA

El mundo moderno no puede entenderse sin tres economistas excepcionales: Adam Smith, Karl Marx y John Maynard Keynes. Aunque en muchos aspectos su obra es casi totalmente incompatible, en otros se complementa e hizo avanzar al planeta hacia el progreso. Dados en numerosas ocasiones por muertos y enterrados, *La riqueza de las naciones*, *El capital* y la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* resurgen en cada mutación, en cada disrupción, en cada crisis económica, y se vuelven a buscar en estos libros (y en otros de los mismos autores) las claves de lo que sucede en cada momento, así como las soluciones para mejorar las cosas y volver a la senda de lo que el último de ellos denominaba «la buena vida».

Los tres padres de la economía como ciencia, Smith, Marx y Keynes, constituyen una buena muestra de que el buen economista es aquel ciudadano cuyos intereses y obligaciones desbordan el terreno de la economía y la imbrican en el seno de otras disciplinas científicas y de la vida. Smith era un moralista, Marx un filósofo y Keynes un hombre muy polivalente que, como veremos, combinó con amplitud la faceta de economista con las de inversor, empresario, académico, animador cultural y artístico, funcionario...

Sylvia Nasar es una periodista estadounidense, colaboradora de *The New York Times*, que ha escrito una monumental y heterodoxa historia del pensamiento económico que adopta la forma de una crónica (*La gran búsqueda*). En ella se parte de la idea de que la nueva ciencia económica que emergió después de las dos guerras mundiales, que se identifica en buena parte con el keynesianismo, acabaría transformando la vida de todos los habitantes del planeta. Esa corriente, surgida en los *felices veinte*, la época dorada posterior a la Primera Guerra Mundial, fue puesta en tela de juicio por las dos grandes conflagraciones, la ascensión de los gobiernos totalitarios y la Gran Depresión, pero tras todo ello adquirió velocidad de crucero y fue hegemónica durante al menos un cuarto de siglo, denominado *la edad de oro del capitalismo*. En esa aspiración —resolver el problema político de la humanidad combinando la eficiencia económica, la justicia social y la libertad individual— se inspiraron la vida y la obra de Keynes (1883-1946). El texto de Nasar dedica a ellas muchas de sus páginas y muestra cómo Keynes ha sido uno de los hombres más influyentes, de esos a los que les gusta trabajar siempre que pueden entre bambalinas. Hasta sus críticos reconocían que era «lúcido,

seguro, de memoria infalible», y la autora le describe físicamente del siguiente modo: «Su nariz respingona y sus labios carnosos le habían valido el apodo de “Morritos” en sus años escolares, y su mirada mostraba la avidez de quien “ansiaba trabajo, fama, influencia, dominio, admiración”, según el desdeñoso comentario de Lady Ottoline Morrell, una de las amantes de Bertrand Russell. La arrogancia de Keynes podía ser cargante, su trato brusco y su forma de vestir desaliñada, pero su mirada luminosa, sus rasgos vivaces y su aplomo lo volvían atractivo. Hombres y mujeres encontraban irresistible su voz melodiosa y profunda».

Su vínculo intelectual le unía a los filósofos más valiosos de la época, como, por ejemplo, G. E. Moore, Bertrand Russell o Ludwig Wittgenstein. Su esposa Lydia Lopokova sentenció que Keynes fue «más que un economista». Y él mismo, al escribir la necrológica de su maestro Alfred Marshall, define esta profesión del siguiente modo: «El gran economista debe poseer una rara *combinación* de dotes [...] Debe ser matemático, historiador, estadista y filósofo (en cierto grado). Debe comprender los símbolos y hablar con palabras corrientes. Debe contemplar lo particular en términos de lo general y tocar lo abstracto y lo concreto con el mismo vuelo del pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado y con vistas al futuro. Ninguna parte de la naturaleza del hombre o de sus instituciones debe quedar por completo fuera de su consideración. Debe ser simultáneamente desinteresado y utilitario: tan fuera de la realidad y tan incorruptible como un artista, y sin embargo, en algunas ocasiones, tan cerca de la tierra como el político». Esta descripción se asemeja bastante a la figura del propio Keynes.

Cualquier estudio o intento de aproximación a ella es deudor, sobre todo, de la monumental biografía escrita por el profesor británico Robert Skidelsky (publicada en su última versión, en castellano, en 2003, tras muchos años de trabajo), que se define a sí mismo «como un historiador que sabe leer y escribir sobre economía». Le debemos mucho del conocimiento de Keynes. Años después de esa biografía canónica, Skidelsky escribió una especie de segunda parte, titulada *El regreso de Keynes* (2009), que argumentó así:

El economista John Maynard Keynes vuelve a estar de moda. El guardián de la ortodoxia del libre mercado, el *Wall Street Journal*, le dedicó un reportaje a toda página el 8 de enero de 2009. La razón es evidente. La economía global está en recesión; los «paquetes de medidas de estímulo» constituyen el último grito. Pero la importancia de Keynes no estriba en su condición de progenitor de políticas de «estímulo». Los gobiernos han sabido cómo «estimular» economías enfermas —por lo común mediante la guerra—, suponiendo que hayan sabido hacer algo. La importancia de Keynes radica en el hecho de que tenía que proporcionar una «teoría general» que explicase cómo caen las economías en estos agujeros e indicara las políticas e instituciones necesarias para mantenernos fuera de ellos. En la actual situación es mejor no tener ninguna teoría que tener una mala teoría, pero es mejor tener una buena teoría que no tener ninguna. Una buena teoría puede ayudarnos a evitar respuestas impulsadas por el pánico y darnos una nueva percepción de las limitaciones de los mercados y gobiernos. En mi opinión, Keynes suministra la clase de teoría que es correcta, aun cuando la suya no sea clara-

mente la última palabra sobre los acontecimientos que están sucediendo 63 años después de su muerte.

También subraya la elasticidad de su biografiado para diferenciar entre las *fortificaciones centrales* que tenían que ser defendidas y los *puestos fronterizos* que podían cederse en la controversia: «La certeza de los principios generales y la gran flexibilidad y astucia en aplicarlos era la receta de Keynes para el éxito político. En algunos aspectos tenía la mentalidad de un funcionario; a diferencia de Meade [James Meade, discípulo y premio Nobel de Economía] entendía rápidamente las restricciones políticas y se adaptaba a maniobrar sus fuerzas dentro de ello».

El economista que proporcionó una teoría para combatir y salir de la Gran Depresión de los años treinta del siglo pasado vuelve a tener un papel central durante la Gran Recesión que comienza en el año 2007 y que supone otra de las mayores crisis del capitalismo, junto a las dos guerras mundiales y a la Gran Depresión. En esas cuatro circunstancias las ideas de Keynes han tenido un rol determinante. Al igual que en ese pasado, muchos podrían decir a partir de 2007, como hicieron en distintos ambientes Richard Nixon o Milton Friedman, «hoy todos somos keynesianos». O como escribió el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz, la reivindicación del keynesianismo como parte de la solución a los problemas de hoy ha supuesto «para quienes éramos keynesianos, el triunfo de la razón contra el fundamentalismo del mercado».

Muchos le consideran el economista más importante e influyente del siglo xx, una especie de inventor de la macroeconomía moderna al tratar la economía en su conjun-

to. Su poder de persuasión destacaba por encima de cualquier otra característica. Skidelsky aporta cuatro razones del mismo:

1. Su deseo y capacidad de conectar la economía con el sentido común; superar la distancia, a veces tan larga, entre las conclusiones de la teoría económica y las de ese sentido común.
2. El toque de urgencia que daba a todos sus trabajos con el objeto de superar cuanto antes los problemas. Ello era muy apreciado tanto en el mundo de la política como en el de la burocracia. Su costumbre era llegar a las reuniones con borradores prácticamente cerrados, mientras sus colegas parloteaban. Keynes no apreciaba el trabajo a largo plazo porque creía que era una guía errónea para los asuntos del día. Hizo célebre la frase de «a largo plazo, todos muertos» y entendía que los economistas se adjudican a sí mismos una tarea demasiado fácil y demasiado inútil si en época de tormentas y tsunamis sólo sirven para decir al resto de los mortales que cuando el temporal haya pasado el océano volverá a estar en calma.
3. Su convicción moral de que el mundo puede ser mejorado a través de la acción pública, de la acción gubernamental. Antes de él, hubo una incapacidad de la teoría clásica para comprender la economía en estos términos. En este sentido, ya no quedan economistas prekeynesianos. Keynes había bebido de la corriente ética de su amigo G. E. Moore, que pensaba que «cuanto más rápido se pudiera obtener que el

sistema cumpliera su promesa de generar riqueza para todos, más pronto estaría la humanidad en disposición de disfrutar de la buena vida», que consistía en valorar el presente sobre el futuro, los fines sobre los medios, lo bueno sobre lo malo. Resolver el problema económico era una condición necesaria, aunque no suficiente, de la civilización.

4. Su *auctoritas*. Era una rara combinación de genio y talento, de carisma y creatividad, una mente a la vez conceptual e institucional, estratégica y táctica. Algunos de los más cercanos a su persona han comparado su papel en la economía con el de Churchill en la política (ambos fueron llamados por su país en una hora de necesidad) o el de Einstein en la ciencia. En el ámbito metodológico, se ha destacado que creó una nueva estructura según la cual la economía era una técnica del pensamiento y no un conjunto de conclusiones definitivas; en el perímetro de lo práctico, el papel que desempeñó en la lucha de su país, Gran Bretaña, para su supervivencia durante la Segunda Guerra Mundial. El liberal Lionel Robbins, encargado de Asuntos Económicos en el gabinete de la época, con quien tanto disputó en el terreno de la teoría, escribe una carta a la viuda de Keynes, Lydia Lopokova, en la que dice: «Maynard dio la vida por su país como si hubiera caído en el campo de batalla».

Alfred Marshall, su maestro, calificó la economía moderna de *organon*, concepto griego que significa «herramienta», para indicar que más que un conjunto de verdades era un «motor de análisis» y un instrumento que nunca sería ab-

solamente perfecto sino que requeriría de continuas mejoras, adaptaciones e innovaciones. Keynes le sigue en esta idea al calificar la economía como un «aparato de la mente» cuyo cometido, como el de cualquier otra ciencia, era analizar el mundo moderno y aprovechar al máximo sus posibilidades. La economía como instrumento de conocimiento.

A partir de su obra, el frente de batalla de las ideas en el mundo de la economía se dividió entre los economistas prekeynesianos y los poskeynesianos. Sus tesis permean la atmósfera económica desde los años veinte y treinta del siglo pasado, una atmósfera de la cual las personas prácticas obtienen sus nutrientes intelectuales, dice Skidelsky. En la actualidad la mayoría de las personas —salvo los que no quieren ver— creen que los gobiernos y las intervenciones públicas pueden y deben evitar las depresiones y las recesiones y sus correspondientes consecuencias en el desempleo masivo y el empobrecimiento. Ni siquiera una persona entre mil sabe que esta idea, y su correspondiente desarrollo técnico, es de Keynes, que defendía —frente al marxismo— que son las ideas (y las ideologías, como plasmas de la realidad) y no los intereses las que son peligrosas, para bien o para mal. La teoría de que la economía podía «gestionarse» para garantizar objetivos como el pleno empleo o los precios bajos hubiera parecido una excentricidad incomprensible para los economistas victorianos, que tenían la pretensión inmutable, natural, casi religiosa, de que una economía prosperaba mucho mejor cuando se dejaba vía libre a las fuerzas del mercado (el *laissez-faire* de Adam Smith). Los economistas del siglo XIX sobreentendían que la política más liberal garantizaba la

prosperidad económica, mientras que Keynes le dio la vuelta y sostuvo, por primera vez, que la prosperidad económica sería la única garantía segura para aplicar una política liberal. Cuando hay dificultades y necesidades —en todas las coyunturas— se precisa de la intervención.

Cuando muere en su casa de Tilton (Gran Bretaña), en 1946, el diario *The Times* escribe un obituario en el que dice que «para encontrar un economista con una influencia comparable [a la de Keynes] uno debería volver atrás, hacia Adam Smith». Su colega James Meade se refirió a él como «mi dios» y dijo que era el mayor genio que había conocido nunca. Su gran contrincante ideológico, Friedrich von Hayek, le reconoció como «el hombre más grande que he conocido nunca, y por el que siento una admiración sin límites. El mundo será un mundo más pobre sin él». Finalmente, el historiador Charles Webster escribió: «Era la mayor fuerza intelectual de nuestra generación y una más de los más grandes hombres de acción».

Su curiosidad era infinita, así como su capacidad de trabajo. Dicen que Keynes hubiese deseado que el día tuviese 36 horas y la semana 14 días, para poder dedicar tiempo a todo lo que le interesaba. Tenía una facilidad poco común para cerrar un tema y abrir otro de los que le obsesionaban, en el mismo instante, sin perder la concentración.

Nacido en Cambridge el 5 de junio de 1883, de una familia acomodada con alto nivel cultural (su padre era profesor de Economía y de Filosofía —¡qué extraordinaria unión de disciplinas!— en la Universidad de Cambridge; su madre, una de las primeras mujeres que consiguió estudiar en las universidades británicas), John Maynard Keynes se formó en los más selectos y elitistas centros de la educación

británica (Eton y King's College de la Universidad de Cambridge, que luego dirigió) y con los mejores maestros (entre ellos, los economistas Alfred Marshall y Arthur Pigou).

Su principal actividad tuvo lugar en la Administración de su país, primero como funcionario del Home Civil Service, donde fue destinado inicialmente al estudio del sistema financiero indio (escribió un libro titulado *Moneda y finanzas en la India*) y más adelante como consejero del Tesoro. Tras finalizar la Primera Guerra Mundial formó parte de la delegación del Reino Unido en la Conferencia de Paz de París de 1919 que firmó el Tratado de Versalles, puesto del que dimitió por estar disconforme, sobre todo, con el régimen de indemnizaciones y reparaciones que se impusieron a la potencia perdedora, Alemania. Al volver a Gran Bretaña escribió, sobre ese mismo tema, su libro más famoso y vendido, *Las consecuencias económicas de la paz*, que se consideró premonitorio de la Segunda Guerra Mundial.

Sostiene Skidelsky que las vidas de Keynes y de la gente de su generación fueron arruinadas por su incapacidad para superar las secuelas profundas de la Primera Guerra Mundial, y siempre estuvieron marcadas por ella. El sistema internacional restaurado de forma inestable (como denunció en *Las consecuencias...*) se desmoronó con el crac de 1929, la Gran Depresión y la segunda gran conflagración global, en 1939. El totalitarismo ganó bastantes adhesiones entre una buena parte de la población y Keynes vivió lo suficiente para ver al imperio soviético levantarse en Europa oriental sobre las ruinas del imperio nazi.

Keynes fue asesor, sin remuneración y sin cartera, de tres ministros de Hacienda durante la Segunda Guerra

Mundial. Algunos analistas han subrayado la curiosidad (que no lo es tanto, forma parte de sus relaciones) de que Winston Churchill sólo lo mencione una vez en los cinco volúmenes de su historia de la segunda gran guerra pese a conocerlo muy bien y a saber de su enorme actividad en el seno de sus gabinetes, entre otros aspectos porque Keynes era miembro, desde 1927, del grupo Other Club, fundado por Churchill en 1919. Unos (como Skidelsky) creen que esa omisión no se debe a una falta de estima por Keynes sino que más bien refleja la indiferencia del político con respecto a los aspectos económicos y financieros de la guerra. Parece increíble. Otros entienden que es la revancha del primer ministro británico, y futuro y sorprendente premio Nobel de Literatura, a la animadversión de Keynes hacia él. Por ejemplo, en su ensayo *Liberalismo y laborismo*, de 1926, Keynes no se esconde: «Creo que sería saludable para el partido [Liberal] que todos aquellos que creen —con Churchill y sir Alfred Mond— que la lucha política que se avecina está mejor descrita como capitalismo versus socialismo, y pensando en otros términos, que significa luchar hasta quemar el último cartucho, nos dejen». Y más adelante: «Coincidió con el laborismo en rechazar la idea de cooperación con un partido que cuenta entre sus miembros, hasta el otro día, con Churchill y sir Alfred Mond, amén de otros varios de la misma especie».

EL PACIFISTA QUE ESTUVO EN LAS DOS GUERRAS

Keynes estuvo en el Tesoro británico entre agosto de 1940 hasta su muerte en 1946, siempre en esa frontera difusa